

Andrew Sean Greer

LESS

Traducido del inglés por Miguel Marqués

Título original: *Less*

Primera edición: 2019 (marzo)

Primera reimpresión: 2019 (mayo)

Diseño de colección: Estudio Pep Carrió

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Copyright © 2017 by Andrew Sean Greer

All rights reserved including the rights of reproduction in whole or in part in any form.

© de la traducción: Miguel Marqués Muñoz, 2019

© AdN Alianza de Novelas (Alianza Editorial, S. A.)

Madrid, 2019

Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15

28027 Madrid

www.AdNovelas.com

ISBN: 978-84-9181-426-9

Depósito legal: M. 3.917-2019

Printed in Spain

Para Daniel Handler

Less al principio

Vista desde mi perspectiva, la historia de Arthur Less* no es tan terrible.

Miradlo: elegantemente sentado en un sofá con forma de roscos, de mullido aspecto, en el recibidor del hotel, con traje azul y camisa blanca, y las piernas cruzadas de forma que uno de sus relucientes mocasines se suelta del talón y queda colgando. La pose de un joven. Su sombra esbelta sigue siendo la de su yo más joven, pero con casi cincuenta años recuerda a esas estatuas de bronce de los parques que —excepción hecha de una rodilla muy pulida que los escolares soban porque trae buena suerte— van decolorándose poco a poco, adquiriendo el hermoso tono de los árboles que la rodean. Eso mismo le ha ocurrido a Arthur Less, antaño rebosante de una juventud entre dorada y rosácea y hoy desvaído como el tono del sofá en que se sienta, dándose golpecitos con un dedo sobre la rodilla y mirando fijamente el reloj de pared. Una larga nariz patricia, perennemente quemada por el sol (aun en el nuboso octubre neoyorquino). Pelo rubio medio desteñido, demasiado largo por arriba y demasiado corto por abajo; el vivo retrato de su abuelo. Esos mismos ojos de un azul acuoso. Escuchad: quizá

* *Less*, en español, significa *menos*. Este juego de palabras estará presente durante toda la novela (*N. del T.*).

oigáis su ansiedad haciendo tic, tac, tic, tac, mientras él observa fijamente el reloj de pared. El reloj de pared, por desgracia, no hace tictac. Se paró hace quince años. Arthur Less no es consciente de ello; sigue creyendo, a su edad, que quienes aceptan acompañarte a un acto literario llegan a tiempo y que los botones dan cuerda invariablemente a los relojes de pared de los recibidores de los hoteles. Él no lleva reloj de pulsera; su fe también va adelantada. Es mera coincidencia que el reloj se parase a las seis y media, casi exactamente la hora a la que deberían llevarlo al acto de esa noche. El pobre hombre no lo sabe, pero son ya casi las siete menos cuarto.

Mientras Less espera, da vueltas y vueltas por el recibidor una joven con un vestido de lana marrón, una especie de colibrí forrado de *tweed*, polinizando primero a un grupo de turistas y luego a otro. Asoma la cabeza entre un corro de gente sentada en sillas, hace una pregunta e, insatisfecha con la respuesta, se dirige rápidamente hacia otro grupo. Less no se fija en ella ni en su ronda. Está demasiado concentrado en el reloj averiado. La joven se acerca al encargado de la recepción y luego va al ascensor, abordando a un grupo de señoras emperifolladas que se dirigen a una velada teatral y reaccionan dando un respingo. El mocasín suelto de Less sube y baja. Si hubiese prestado atención, quizá habría escuchado la acuciante pregunta que la mujer hace a todas las personas que hay en el recibidor, salvo a él. En la pregunta reside la clave de todo lo que está ocurriendo: «Disculpe, ¿es usted la señorita Arthur?».

El problema —que no encontrará su resolución en el recibidor— radica en que la acompañante oficial cree que Arthur Less es una mujer.

En su descargo, hay que decir que ha leído solo una novela suya, en formato electrónico, en la que no aparecía foto del autor. La chica encontró tan atractiva y persuasiva la narración que dio por hecho que solo una mujer podría estar tras

ella. Supuso que el nombre Arthur sería una de esas excentricidades de género típicamente estadounidenses (ella es japonesa). Less se lo toma como una crítica entusiasta, de las poco habituales. Flaco favor le hace ahora, sentado en el sofá en forma de roscó, desde cuyo centro, de forma cónica, emerge una lustrosa palmera. Pues son ya las siete menos diez.

Arthur Less lleva aquí tres días; está en Nueva York para entrevistar al famoso autor de ciencia ficción H. H. H. Mandern, con motivo de la aparición de la nueva novela de H. H. H. Mandern; en ella este da vida, de nuevo, a su enormemente popular robot detective, Peabody. En el mundo de los libros, se trata de una primera plana y entre bastidores hay un trasiego importante de dinero. Había dinero en la voz que llamó a Less de la nada y le preguntó si conocía la obra de H. H. H. Mandern y si estaría dispuesto a entrevistarlo. Había dinero en los mensajes del publicista que dio instrucciones a Less sobre las preguntas que no podían hacerse a H. H. H. Mandern (su esposa; su hija; su obra poética, objeto de críticas no muy buenas). Había dinero en la elección del lugar del acto y en los anuncios pegados a lo largo y ancho del Village. Había dinero en el Peabody inflable que batallaba contra el viento a las puertas del teatro. Había dinero incluso en el hotel donde habían reservado una habitación a Arthur; al entrar, le mostraron una pirámide de manzanas «de cortesía», de la que podía coger una cada vez que quisiera, de día o de noche (de nada). En un mundo en el que la mayoría de la gente lee un libro al año, hay mucho dinero puesto en la esperanza de que este justamente sea el libro y de que esta noche marque el inicio de una trayectoria gloriosa. Todo ello depende de Arthur Less.

Y, aun así, Less observa diligentemente un reloj parado. No se da cuenta de que la persona de organización que debe acompañarle está de pie junto a él con cara de angustia. No la ve ajustarse el fular y salir del recibidor a través de ese tam-

bor de lavadora que a veces son las puertas giratorias de los hoteles. Mirad el pelo ralo en la coronilla, su parpadeo veloz. Mirad su fe infantil.

Una vez, cuando tenía veinte años, una poeta con la que había estado charlando apagó un cigarro en una maceta y dijo: «Eres como una persona sin piel». Una poeta. Una poeta le dijo eso. Una poeta que se ganaba la vida flagelándose viva en público le había dicho que, de todas las personas, él, el alto, joven y esperanzado Arthur Less, «no tenía piel». Y, sin embargo, era cierto. «Tienes que ser más incisivo», le decía constantemente su antiguo rival, Carlos, en los viejos tiempos. Less no sabía qué significaba eso. ¿Que debía ser malo? No, significaba protegerse, blindarse contra el mundo. Pero ¿puede uno proponerse ser más incisivo? ¿No es como intentar ser más gracioso? ¿O es que hay que fingirlo, como cuando un hombre de negocios sin vis cómica memoriza chistes y todo el mundo se muere de la risa y el tipo desaparece de la fiesta antes de que se le termine el repertorio?

Sea como fuere, Less no lo intentó nunca. Cumplidos los cuarenta, no había conseguido cultivar sino una leve impresión de sí mismo, algo que podría compararse al caparazón transparente de un cangrejo blando. Las reseñas mediocres o el desdén no intencionado no pueden ya hacerle daño, pero el desengaño, el desengaño verdadero, perforará su fina piel animal y de ella brotará sangre del color habitual. ¿Por qué tantas cosas empiezan a parecer aburridas con la mediana edad —la filosofía, el radicalismo y demás comida rápida— y, sin embargo, el desengaño amoroso sigue escociendo? Quizá porque encuentra siempre nuevas fuentes de desengaño. Ni siquiera ha vencido los viejos miedos más estúpidos; solo los esquiva: llamar por teléfono (marcando frenéticamente, como un artificiero desactivando una bomba), tomar taxis (casi dejando caer la propina y bajando de un salto, como si

lo acabara de soltar su secuestrador) o hablar con hombres atractivos o famosos en fiestas (ensayando mentalmente sus frases de presentación para darse cuenta, al instante, de que lo que están haciendo es despedirse). Less sigue teniendo esos miedos, pero el paso del tiempo les ha puesto solución. La mensajería y el correo electrónico le salvaron para siempre de volver a llamar por teléfono. Los taxis empezaron a aceptar pagos con tarjeta. Los ligues potenciales podían contactar contigo por las redes. Sin embargo, el desengaño... ¿Cómo evitarlo, salvo renunciando enteramente al amor? Al final, esa fue la única solución que Arthur Less supo encontrar.

Quizá esto explique por qué entregó nueve años de su vida a cierto joven.

He olvidado mencionar que tiene en el regazo un casco de cosmonauta ruso.

Pero, ahora, un poco de suerte: desde el mundo que se extiende más allá del recibidor, una campana toca una, dos, tres, cuatro, cinco, seis, siete veces, haciendo que Arthur Less se levante de su asiento como un resorte. Miradlo: observa fijamente a su traidor, el reloj de pared, y corre hacia la recepción para hacer —por fin— la fundamental pregunta: «Disculpe, ¿puede decirme la hora?».

—No entiendo por qué pensaba usted que era yo una mujer.

—Tiene usted tanto talento, señor Less. ¡Me engañó! ¿Qué lleva ahí, por cierto?

—¿Esto? La librería me pidió que...

—Me encanta *Materia oscura*. Hay una parte que me recordó mucho a Kawabata.

—¡Kawabata es uno de mis favoritos! *Kioto*. La vieja capital.

—Yo soy de Kioto, señor Less.

—¿De verdad? Viajaré allí en unos meses y...

—Señor Less, tenemos un problema.

Esta conversación tiene lugar mientras la mujer del traje de lana marrón lo conduce por el vestíbulo del teatro, decorado con un solitario árbol de atrezo detrás del cual podría esconderse el protagonista de algún vodevil. El resto es ladrillo pintado de un negro resplandeciente. Less y su acompañante han corrido desde el hotel al lugar donde se celebraba el acto, y el escritor ya siente cómo su camisa blanca y tersa se transparenta por el sudor.

¿Por qué él? ¿Por qué le habían propuesto ese bolo a Arthur Less? Un autor menor cuya mayor fama le había venido dada por su relación de juventud con la Escuela Río Russian de escritores y artistas; un escritor demasiado viejo como para ser considerado novedad y demasiado joven como para su redescubrimiento, y que nunca se sienta junto a nadie que pueda conocer su obra. Pues bien, Less sabe por qué. No es ningún misterio; está todo calculado: ¿qué escritor de literatura aceptaría prepararse una entrevista sin cobrar? Tenía que ser alguien terriblemente desesperado. ¿Cuántos otros escritores, conocidos de él, dijeron «ni en broma»? ¿Cuántos puestos corrieron en la lista de posibles candidatos hasta que alguien propuso preguntar a Arthur Less?

Arthur Less es realmente un hombre desesperado.

Desde el otro lado de la pared oye a la muchedumbre entonando un cántico, probablemente el nombre de H. H. H. Mandern. El mes pasado, Less se volcó —muy privadamente— en las obras de H. H. H. Mandern, operetas espaciales que al principio lo horrorizaron, con su lenguaje sordo y sus risibles personajes de repertorio, pero luego lo conmovieron merced a su inventiva. No cabía duda de que ese Mandern tenía más talento que él. La nueva novela de Less, una inves-

tigación grave sobre el alma humana, parecía un planeta en comparación con las constelaciones que ese tipo había inventado. Aun así, ¿qué iría a preguntarle? ¿Qué se le pregunta a un novelista, aparte de «cómo»? La respuesta, como Less muy bien sabe, es obvia: «¡Ni idea!».

Su acompañante parlotea sobre el aforo del teatro, el número de ejemplares que se han reservado desde el anuncio del lanzamiento, la gira de presentaciones, el dinero, el dinero, el dinero. La chica menciona que H. H. H. Mandern ha sufrido, al parecer, una intoxicación alimentaria.

«Ya verá», dice la acompañante, y acto seguido empuja una puerta negra que da paso a una habitación limpia y resplandeciente, en cuyo centro hay una mesa plegable sobre la que han dispuesto varios platos de pastrami y otros embutidos. Junto a ella, una señora de pelo blanco con un chal y, a sus pies, H. H. H. Mandern, vomitando en un cubo.

La señora se gira hacia Arthur y escudriña con la mirada el casco de cosmonauta: «¿Quién coño es usted?».

Nueva York: primera parada de un viaje alrededor del mundo. Un accidente, en realidad, ocurrido cuando Less intentaba encontrar la salida a una tesitura incómoda. Se siente bastante orgulloso de cómo lidió con la situación. Se trataba de una invitación de boda.

Arthur Less lleva soltero una década y media. Esta soltería sobrevino tras un largo periodo de convivencia con Robert Brownburn, un poeta mayor que él, un túnel de amor en el que entró a los veintiún años y del que salió, parpadeando bajo el fuerte sol, en la treintena. ¿Adónde había ido a recalar Less? En algún punto del túnel había dejado atrás la primera juventud, como cuando un cohete espacial va dejando atrás sus diversas partes; la etapa anterior había quedado tras de

sí, agotada. Tenía ante sí la segunda etapa. Y la última. Juró que no se la entregaría a nadie, sino que la disfrutaría. La disfrutaría en soledad. Pero: ¿cómo vivir solo y no estar solo? Este dilema se lo resolvió la persona más sorprendente: Carlos, su rival de antaño.

Cuando le preguntaban por Carlos, Less siempre lo llamaba «uno de mis amigos de toda la vida». La fecha de su primer encuentro está bien documentada: el veinticinco de mayo de 1987, Día de los Caídos. Less recuerda incluso lo que vestían ambos: él, un bañador Speedo verde; Carlos, lo mismo, pero en amarillo plátano. Los dos tenían un vino blanco con soda en la mano, que blandían como una pistola, y se observaban cada uno en un lado de la piscina. Sonaba una canción: Whitney Houston pidiendo bailar con alguien. Entre ambos caía la sombra de una secuoya. (Con alguien que la quisiera.) ¡Ay, quién tuviera una máquina del tiempo y una cámara de vídeo! Para poder captar a esos jóvenes Arthur Less, entre rosa y dorado, y Carlos Pelu, de un marrón avellana, cuando este narrador era apenas un niño. Pero ¿quién necesita una cámara? Sin duda, los dos reproducen esa escena mentalmente cada vez que alguien menciona el nombre del otro. Septiembre, la festividad del Día del Trabajo, vino blanco con soda, secuoya, alguien. Y los dos sonrían y dicen que el otro es uno de sus amigos de toda la vida. Cuando en realidad, obviamente, se odiaron mutuamente nada más verse.

Imaginemos mejor esa máquina del tiempo, pero usémosla para viajar a otro destino: veinte años más tarde. Aterricemos a mediados del año dos mil, en una casa de las colinas de San Francisco, en la calle Saturn. Una de esas viviendas sobre pilares que parecen extrañas criaturas en zancos, un ventanal tras el cual distinguimos un piano de cola que jamás ha tocado nadie y una multitud —hombres, sobre todo— que celebra una de las diez o doce fiestas de cuadragésimo cumpleaños de

ese año. Entre ellos se encuentran un Carlos más grueso, cuyo amante de años le dejó varios terrenos al morir, que él supo convertir en un imperio inmobiliario de propiedades en lugares tan remotos como Vietnam, Tailandia y el sur de la India, en no sé qué resort de nombre absurdo del que Less había oído hablar alguna vez. Carlos: el mismo perfil solemne, pero sin traza de aquel joven musculado con un bañador Speedo color amarillo plátano. Arthur llegó a la fiesta dando un corto paseo desde su casita en las escaleras Vulcan Steps, en la que vivía solo. Una fiesta, ¿por qué no? Eligió un *look* muy lessiano —vaqueros y camisa de *cowboy*; apropiado, pero no del todo— y se dirigió por la ladera de la colina hasta la casa.

Mientras tanto, imaginemos a Carlos, entronizado en un sillón de mimbre, celebrando audiencia. Junto a él, un chaval de veinticinco años, en vaqueros negros, camiseta y gafas redondas de Carey, de oscuro pelo rizado: el hijo de Carlos.

«Mi hijo», recordó Carlos a todo el mundo cuando el chico hizo acto de presencia por primera vez, cuando apenas era un adolescente. En realidad, no era su hijo, sino un sobrino huérfano al que habían enviado a vivir con su familiar más cercano, en San Francisco. ¿Cómo describirlo? Tenía los ojos grandes y un pelo castaño y rizado con mechones aclarados por el sol, y en aquellos días mantenía una pose bastante recalcitrante: se negaba a comer verduras y se negaba a llamar a Carlos otra cosa que no fuera Carlos. Se llamaba Federico (su madre era mexicana) pero todo el mundo lo llamaba Freddy.

En la fiesta, Freddy se dedicó a mirar por la ventana, tras la cual la niebla se había encargado de borrar la ciudad. Esos días, Freddy comió verduras, pero siguió llamando Carlos a su padre putativo. Se le veía dolorosamente delgado vestido de traje, con un pecho cóncavo; carecía del entusiasmo de la juventud, pero vivía por dentro todas sus pasiones. Uno podía sentarse delante de él con palomitas y ver proyectadas en

su rostro todas las películas románticas y comedias que su mente reproducía, y los cristales de sus gafas de carey refulgir con sus pensamientos, como la superficie iridiscente de una pompa de jabón.

Freddy se volvió al oír su nombre; lo llamaba una mujer vestida de seda blanca y decorada con cuentas de ámbar, con una pose *cool* a lo Diana Ross: «Freddy, cariño, me han dicho que has vuelto a estudiar». Preguntó a continuación qué estaba estudiando. Sonrisa orgullosa: estoy estudiando para enseñar lengua y literatura en secundaria.

A ella le nacieron flores en la cara.

—Dios santo, ¡eso es estupendo! Ya no se ven jóvenes que quieran ser profesores.

—Para ser sincero, creo que lo que me pasa es que no me cae bien la gente de mi edad.

Ella cogió la oliva de su martini.

—Eso debe de complicarte la vida amorosa.

—Supongo. Aunque realmente no tengo vida amorosa —repuso Freddy, apurando su champán de un largo trago.

—Tenemos que encontrarte el hombre adecuado, eso es todo. Sabes que mi hijo, Tom...

Junto a ellos oyeron a alguien decir: «¡Es poeta de verdad!». Carlos, que llevaba en la mano una copa de vino blanco, un poco inclinada.

La mujer (hagamos los honores: Caroline Dennis, se dedica al desarrollo de software; Freddy terminaría conociéndola muy bien) dejó escapar un gritito.

Freddy la miró con atención y esbozó una tímida sonrisa.

—Soy un poeta malísimo. Carlos se empeña en recordarme lo que quería ser de pequeño.

—O sea, el año pasado —repuso este, sonriendo.

Freddy se quedó callado; sus rizos oscuros temblaban cada vez que algo le agitaba la mente.

A la señora Dennis se le dibujó en la cara una sonrisa de lentejuelas y dijo que le encantaba la poesía. Siempre le habían gustado Bukowski «y toda esa panda».

—¿Te gusta a ti Bukowski? —preguntó Freddy a Carlos.

—Oh, no —respondió este.

—Lo siento, Caroline, pero creo que Bukowski es aún peor poeta que yo.

A la señora Dennis se le enrojeció el pecho y Carlos llamó su atención sobre un cuadro que había pintado un viejo compañero suyo de la Escuela Río Russian. Freddy, incapaz de tragarse siquiera una ensaladita de charla intrascendente, se acercó disimuladamente a la mesa de las bebidas para servirse otro champán.

Arthur Less en la puerta de la casa, uno de esos muretes bajos con puerta blanca. No se ve la casa que se levanta más abajo, sobre la ladera que desciende. ¿Qué dirá la gente? «Oh, qué bien te veo. Me he enterado de que te separas de Robert... ¿Quién se queda la casa?»

¿Cómo iba a saber que tras esa puerta le esperaban nueve años?

—¡Hola, Arthur! ¿De qué te has vestido?

—Eh, Carlos.

Veinte años después y ese día, en aquella casa, seguían siendo enemigos en el campo de batalla.

Junto a él: un joven con pelo rizado y gafas, expectante.

—Arthur, ¿te acuerdas de mi hijo, Freddy...?

Fue tan fácil... Freddy no soportaba vivir en la casa de Carlos y, a menudo, tras un largo viernes dando clase y agotada la hora feliz de los bares con unos pocos amigos de la universidad, se pasaba por casa de Less, achispado y con ganas de meterse en la cama a esperar el fin de semana. Al día siguiente

te, Less cuidaría al Freddy resacoso y le haría café y le pondría películas antiguas, y el lunes por la mañana lo echaría de su casa. Esto ocurría una vez al mes, más o menos, cuando empezaban, pero se convirtió en una rutina, hasta que un día Less se acostó solo y decepcionado porque Freddy no había tocado al timbre esa tarde. Qué extraño despertar entre las sábanas blancas, bajo la luz del sol que filtraban las bigonias, y sentir que le faltaba algo. Le dijo a Freddy que la siguiente vez que fuese a verlo, no llegara tan bebido. Y que tampoco le recitara poemas tan malos. Y que se guardase una llave de su casa. Freddy se limitó a meterse la llave en el bolsillo, sin decir nada, y empezó a usarla cada vez que le vino en gana (y no la devolvió nunca).

Alguien que no los conociera habría dicho: «No pasa nada, el truco está en no enamorarse». Ambos se habrían reído ante un comentario así. ¿Freddy Pelu y Arthur Less? A Freddy no le interesaba lo romántico como a otros jóvenes; él tenía sus libros y sus clases y sus amigos; su vida de hombre soltero. El viejo Arthur era un tipo fácil que no pedía nada. Freddy también sospechaba que a Carlos le ponía histérico que él estuviera acostándose con Less, su némesis, pero era aún joven como para disfrutar atormentando a su padre putativo. Jamás se le ocurrió pensar que en realidad a Carlos lo aliviaba perderlo de vista. Con respecto a Less, Freddy ni siquiera era su tipo. Arthur Less siempre se había enamorado de hombres mayores: esos eran el auténtico peligro. ¿Un chaval que no se sabía ni el nombre de los cuatro Beatles? Una diversión, un pasatiempo, un *hobby*.